

La postdictadura en Chile: en busca de la memoria inconclusa

RICHARD, Nelly (2017). *Latencias y sobresaltos de la memoria inconclusa (Chile: 1990-2015)*.

VILLA MARÍA, EDUVIM (Editorial Universitaria Villa María).



Hernán Biscayart

Nelly Richard, nacida en Caen, Francia, en 1948, estudió Literatura Moderna en la Universidad de París IV, La Sorbona. Apenas terminados sus estudios se radicó en Chile, el mismo año en que Salvador Allende inauguraba su gobierno. Desde entonces ha estado comprometida con las vicisitudes políticas del vecino país. Durante el pronto interrumpido período presidencial de Allende fue coordinadora de exposiciones de artes visuales en el Museo Nacional de Bellas Artes de Santiago. El golpe de Estado encabezado por Augusto Pinochet determinó la intervención del museo y su desplazamiento de ese cargo.

Pero pese a las adversas condiciones políticas no dejó de activar en favor de una resistencia cultural a la dictadura, contribuyendo al surgimiento de un movimiento conocido como “Escena de Avanzada”, que nucleó a partir de 1977 a muchos artistas plásticos que orientaban su obra a una crítica del régimen. La experiencia fue objeto de reflexión en un libro que Richard escribió años después, *Márgenes e instituciones: arte en Chile desde 1973* (Melbourne: Art & Text, 1986)

Ya en democracia, fundó la *Revista de Crítica Cultural*, que dirigió durante dieciocho años. En palabras de Jean Franco, la publicación “contribuyó a la redefinición del intelectual público como *crítico cultural*, al promover un pensamiento incisivo que mezcla una crítica amplia del neoliberalismo con una indagación de las prácticas culturales refractarias”. La tarea de Richard fue reconocida dentro y fuera de Chile, a tal punto que se le concedió en 1996 la Beca Guggenheim. Además contribuyó al desarrollo de los estudios culturales en América Latina, habiendo organizado en 1987 el Primer Congreso de Literatura Femenina Latinoamericana, cuando Pinochet aún ocupaba el gobierno.

Richard es conocida, pues, como referente académico de las luchas de las mujeres en el continente, y también ha dedicado sus reflexiones al análisis de la transición política en Chile, país al que suele elogiarse desde este lado de la cordillera por las “reformas estructurales” que continuaron la tarea iniciada por el pinochetismo en materia económica. Ya desde los

primeros tiempos de esa transición habló de Chile como “laboratorio neoliberal”, y en una reciente entrevista precisó el alcance que le da a un término que a veces es usado sin un sentido demasiado nítido:

El neoliberalismo es una doctrina económica y una técnica de gobierno que produce saberes funcionales que se ajustan a las dinámicas del mercado. El paisaje del conocimiento pasa a ser tecnificado y deja pocos recursos para el arte y la estética. La sociedad de consumo y el capitalismo hiperintensivo domesticar la subjetividad y presentan sus imaginarios a través de distintos medios y recursos, con un desfile incesante de imágenes que generan una visualidad liviana, sin gravedad, dejando muy poco espacio para la crítica (Andrea Aguilar, 2019).¹

La reconstrucción de la memoria de la represión corre el riesgo, en opinión de Richard, de convertirse en una banalización de la tragedia. Por eso expone la necesidad de “sacudir el repertorio de la memoria con estrategias creativas. No se trata del dilema entre olvidar o recordar, la pregunta, desde la crítica, es qué recordar y cómo hacerlo”.

Este ha sido el objetivo de la serie de ensayos recogidos en el volumen *Latencias y sobresaltos de la memoria inconclusa (Chile: 1990-2015)*, que la editorial de la Universidad Nacional de Villa María ha lanzado al mercado en 2017. En él se recopilan distintos ensayos en los que Richard se va deteniendo, con una crítica mirada, en diferentes momentos de la recuperación de ese pasado tenebroso, abarcando tanto los testimonios que los medios de comunicación han hecho circular, especialmente en la conmemoración de los aniversarios de aquel doloroso 11 de septiembre, como las iniciativas oficiales que intentan generar una reflexión sobre lo vivido bajo la dictadura.

¹ Aguilar, Andrea (2019): “Nelly Richard: ‘El arte no borra el conflicto’”, entrevista a Nelly Richard publicada en *El País* (Madrid) el 25 de abril de 2019, disponible en: https://elpais.com/elpais/2019/04/24/ideas/1556119065_185470.html (último acceso: 9/7/2019).

El lector argentino de cierta edad encontrará seguramente muchas semejanzas con la análoga situación vivida en nuestro país en los setenta y principios de los ochenta, y posteriormente con las respuestas políticas que los sucesivos gobiernos han ido dando, ya sea cuando pretendieron cerrar definitivamente las heridas de la dictadura con leyes inicuas (de Punto Final y de Obediencia Debida), como cuando decidieron volver sobre los casos así juzgados, en procura del “castigo a los culpables”.

Richard evita hacer comparaciones entre ambos procesos políticos, que han partido de condiciones diferentes, como también ha sido diferente la historia previa al horror que desencadenó la ejecución del Plan Cóndor, pergeñado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos y llevado a cabo por las dictaduras que se apoderaron de muchas naciones sudamericanas durante los setenta. Incluso, aunque no aparece en los ensayos recopilados, el tema de las relaciones tirantes entre ambas dictaduras separadas por la cordillera a raíz del expansionismo bélico propugnado por la Junta Militar argentina con motivo del laudo desfavorable a sus pretensiones sobre las islas del Canal de Beagle no deja de ser una consecuencia de antiguos antagonismos que separaron a ambas naciones y de ocasionales acercamientos. El punto culminante fue el no disimulado apoyo de la dictadura chilena a la Corona británica, en agradecimiento tácito a aquella decisión, durante el fallido intento argentino de recuperar la soberanía sobre las islas Malvinas en 1982. Este fracaso, como es sabido, precipitó el fin de la dictadura iniciada el 24 de marzo de 1976.

A diferencia de lo sucedido en nuestro país a partir del 10 de diciembre de 1983 con el triunfo de Raúl Alfonsín, que determinó la voluntad política de no dejar impunes los crímenes de lesa humanidad, el caso chileno estuvo condicionado por un hecho previo, la sanción de la Constitución de 1980, ratificada mediante un plebiscito en los años finales del régimen. Este es uno de los puntos tratados en uno de los ensayos, “Dos puestas en escena del recuerdo de las campañas del Sí y del No”. A veinticinco años de aquella decisión por la cual el legado político y económico de la dictadura fue asumido por los gobiernos democráticamente elegidos, Richard se detiene en el documental *No*, de Pablo Larraín, criticado desde la izquierda por “deshistorizante”. Al hacerlo profundiza aquellas críticas, reconociendo que el éxito de aquella campaña se debió a la participación de profesionales que habían adherido a la izquierda y que habían conseguido trabajo en las agencias de publicidad durante el pinochetismo, pero agregando que la mimetización del ayer y del hoy, pese

a las intenciones declaradas por el director, “anula triplemente la historicidad: como transcurso, como interferencia y como devenir” (131).

Lo que triunfó en aquel plebiscito de 1988 no fue solamente, en la mirada de Richard, la continuación del pinochetismo por otros medios, sino “la fetichización de lo publicitario (metafóricamente: ‘la democracia como producto’)”, reproducida acriticamente por la operación de montaje realizada por Larraín, que consagra “el acuerdo entre dos postulados fundantes: la economía social de mercado y la despolitización de la ciudadanía” (133).

El libro de Richard aborda distintos momentos de ese cuarto de siglo que se inicia con el triunfo de la Concertación en las elecciones de 1990. Como se sabe, este conglomerado de partidos gobernó Chile durante buena parte de ese período, alternándose desde entonces con los dos períodos de gobierno de la centroderecha liderada por Sebastián Piñera, el segundo de ellos en curso en el momento de escribirse esta reseña.

Uno de los episodios que han marcado la resistencia que algunos movimientos sociales hicieron a este orden “concertado”, especialmente durante la primera presidencia de Michelle Bachelet, es la rebelión estudiantil de 2011. Richard también menciona las protestas de las comunidades de la etnia mapuche y la desaparición hasta hoy del adolescente José Huenante, ocurrida en 2005, como ejemplos de ese pasado no resuelto.

La “política de la memoria” que los gobiernos de la “posdictadura” desplegaron durante ese cuarto de siglo se orientó a la recreación de los espacios de detención clandestina que funcionaron en distintos puntos del país. Oficialmente se afirma que hay 3.079 detenidos-desaparecidos por la represión pinochetista. Richard no se detiene en la cifra (que no deja de ser enorme) sino que prefiere poner de resalto el modo en que aquellos espacios de la muerte fueron resignificados con posterioridad, en el ensayo llamado “Arquitecturas, escenografías y narrativas del pasado”. Uno de ellos es el centro de detención y torturas de Villa Grimaldi, en las afueras de Santiago, por donde pasaron alrededor de 5.000 detenidos, de los cuales permanecen desaparecidos 211. La movilización de los organismos de derechos humanos impidió que el predio fuera vendido con fines inmobiliarios, pero no logró evitar la demolición de las construcciones, de las que solo quedó un muro perimetral. Lo que queda de Villa Grimaldi es un parque donde lo que fue “una desgarrada textura de la experiencia” se convirtió en

“un ordenado campo de visión”. La estetización de la tortura está representada en el “reciclaje de mosaicos al estilo pompeyano” que intenta “citar el revestimiento original de los azulejos de los baños donde se torturaba” (103).

Otro de los centros de tortura funcionó en pleno centro de Santiago y se lo identifica por el significativo nombre de “Londres 38”, que hace referencia a la calle y el número donde la Dirección de Inteligencia Nacional, más conocida como DINA, ejecutó a casi 100 hombres y mujeres. También aquí se recreó el lugar, por iniciativa del “Colectivo Londres”, integrado por cuatro arquitectos. Un dato no menos significativo es que la casa donde funcionó fue renumerada, todavía bajo la dictadura, pasando a ser Londres 40 su dirección. El Colectivo Londres se fundó en 2008 y su primera acción fue rechazar la iniciativa del gobierno de constituir en la casa la sede del Instituto de Derechos Humanos. Además se opuso a “obedecer las convenciones museísticas del género ‘sitio de la memoria’, que tiende a patrimonializar el recuerdo en un lenguaje de colecciones” (116). El debate abierto entre los sobrevivientes, los familiares de los desaparecidos y otros interesados en discutir el proyecto aún no resolvió el mejor modo de resolver “qué hacer con este lugar”, que por el momento sigue siendo una casa vacía donde el visitante, “al entrar en el laberinto (...), coteja físicamente lo desnudo de sus muros con la sensación de desamparo frente a la ausencia de señales que experimentaron las víctimas prisioneras en ella” (118).

El Colectivo Londres 38 no se limitó a proponer una recreación del pasado sino que también invitó a “meditar sobre la alteración de un presente desconocido o irreconocido”. Durante la conmemoración del Día Internacional del Detenido Desaparecido, en 2011, gestó una intervención urbana que contó con la colaboración de diez artistas plásticos que montaron sus obras en la principal avenida del centro de Santiago, la Alameda O’Higgins. La elección del lugar, escenario de las principales manifestaciones políticas de la historia reciente de Chile, no es casual. Tampoco lo es el hecho de la renovada denuncia por la desaparición, hasta hoy no esclarecida, del joven mapuche Huenante. Escribe Richard:

Varios artistas que participaron de la intervención urbana eligieron para sus obras la foto de Huenante registrada en su cédula de identidad. Es sabido que uno de los principales rituales iconográficos de la memoria de las violaciones de los derechos humanos bajo dictadura se asocia a las fotos carné adheridas al pecho de los familiares

de los detenidos-desaparecidos o bien levantadas en pancartas durante sus marchas callejeras. Esas fotos de identidad cifran el aura melancólica del duelo inacabado en el desgaste del blanco y negro de los retratos en fotocopia. La foto reciente de Huenante es de una cédula de identidad a color que, además de su juventud, subraya —con ese paso de lo analógico a lo digital— el avance modernizador de los procesos de identificación del registro civil (...). En el revés de la cédula de identidad de Huenante aparece el siguiente dato: “Pueblo originario: Nación Mapuche”. Esta marca —aún estigmatizante— lo predestinó a ser víctima de la discriminación étnica en su condición de miembro de una comunidad originaria despojada en Chile de sus derechos políticos (144-145).

Otro de los ejes de análisis en los ensayos recopilados es la mediatización de la tragedia bajo el formato de la “confesión”, lo que se desarrolla en el artículo titulado “Tormentos y obscenidades”. Dos mujeres militantes de izquierda que pasaron por los centros de detención de la DINA publicaron sus memorias en los años de la transición postdictatorial. Ellas (Luz Arce y Marcia Alejandra Merino) asumen haber traicionado la causa que las llevó a aquellos lugares al convertirse en delatoras de sus compañeros de militancia. Pero sus relatos, acaso por tratarse de mujeres, fueron silenciados o se los descalificó. Merino (“la Flaca Alejandra”) buscó redimirse de su traición denunciando a los funcionarios del Estado responsables de los crímenes de lesa humanidad que ella posibilitó con su delación, pero sus denuncias fueron desestimadas. Sin embargo, el director de la DINA, el general Manuel Contreras, fue condenado en 1995 a prisión perpetua, que intentó hacer cumplir en un arresto hospitalario, aduciendo razones de salud. La televisión lo mostró en esa condición, postrado en una cama, “paródicamente condenado a ser víctima de algunas de las tecnologías corporales de la verdad de las que había cruelmente abusado con los detenidos” (47). El cáncer de colon que padecía hizo que le colocaran un ano contra natura, sintagma que la prensa repitió durante aquellos días: “La expresión ‘contra natura’ —formulada por el diagnóstico médico— reconfirmó la inhumanidad del sujeto Contreras. Lo literal de un síntoma corporal hizo posible hablar de ‘degeneración’ como si se tratara de una figurativa condena ética a un degenerado jefe militar” (48).

El relato de Luz Arce es precedido por un prólogo firmado por un sacerdote, quien da fe del arrepentimiento sacramental de la confesante y predispone así al lector a creer en la veracidad de lo expresado. Merino también dice haber recuperado la fe católica. Richard concluye que

Al comprometerse editorialmente en el secreto moral de estas confesiones políticas para testimoniar de su veracidad, la Iglesia chilena de la transición nos muestra que, sin lugar a dudas, es ella la que dicta la pauta de los valores y comportamientos a seguir en materia de credibilidad pública (54).

El recorrido que propone Richard a lo largo de los trabajos recopilados, más que detenerse en la minuciosidad propia del historiador, elige la reflexión ayudada por una selección bibliográfica muy representativa de las principales corrientes de la crítica cultural a comienzos de este siglo. Como cierre de esta reseña, necesariamente incompleta para dar cuenta de todas las situaciones registradas por la autora, señalamos que la conmemoración de los cuarenta años del golpe militar presentó un desafío: cómo relatar los hechos a quienes por razones de edad no los vivieron, y cómo hacerlo sin limitarse a repetir una y otra vez las escenas que se han venido transmitiendo a lo largo de los años, de las cuales la más emblemática es la del bombardeo a La Moneda:

Desde ya, el *así fue* de esta última imagen de La Moneda quemándose se volvió sobredeterminante en el proceso de recordación histórica del golpe militar de 1973 comprobándose lo señalado por Georges Didi-Huberman: “la imagen es el ojo de la historia por su tenaz vocación de hacer visible”. La imagen del bombardeo de La Moneda grabada para la posteridad es la demostración irrefutable de cómo aconteció lo real catastrófico (162).

Por encima de las coincidencias con otro trágico acontecimiento de la historia reciente (los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York, también un 11 de septiembre), hay omisiones que Richard no deja de destacar: que el primer documental que recuperó las imágenes de ese bombardeo fue *La batalla de Chile*, de Patricio Guzmán. Los derechos de reproducción de la cinta fueron adquiridos por el canal estatal de Chile y hasta hoy nunca fue exhibida por televisión. La película está ordenada en tres partes: “La insurrección de la burguesía”, “El golpe de Estado” y “El poder popular”, que no siguen un orden cronológico. Para Richard esto es muy significativo, y es la prueba de que

Gracias a la alteración de la secuencia de la historia editada que cambia el ordenamiento temporal de la sucesión real de los hechos, *La batalla de Chile* lleva la insumisa máquina corpórea de los

tiempos revolucionarios de Salvador Allende (“El poder popular”) a seguir disparando su carga de aspiraciones y revueltas aun después de haber sido dinamitada por el golpe militar (167).

El director de la DINA, pese al cáncer que padecía, aún estaba vivo en septiembre de 2013 y fue entrevistado en la celda que ocupaba en el Penal Cordillera, que posteriormente el presidente Sebastián Piñera ordenó cerrar, en una decisión cuestionada por los sectores que integraban la coalición de gobierno que estaban más a la derecha. Contreras fue trasladado a otra cárcel militar y murió un año después en el Hospital Militar de Santiago. Así se cumplió el provocativo desafío lanzado en aquella entrevista: “Yo no moriré en la cárcel”.

Otros acontecimientos de los últimos años en Chile que se entrelazan discursivamente, en la lectura de Richard, son el terremoto de 2010 y la denuncia por corrupción que salpicó al gobierno de Michelle Bachelet y a la dirigencia política en general, ante la divulgación de maniobras de defraudación fiscal que beneficiaron el financiamiento de los partidos políticos. La verdad y la falsedad, en este último caso, se mezclaron con las denuncias que aún se hacían sobre el exterminio sistemático de los opositores al régimen de Pinochet. Los medios de comunicación recortaban la noticia sobre la corrupción del presente sin vincularla con los hechos del pasado, pero Richard muestra que tienen el mismo origen:

... la Constitución firmada en 1980 por Jaime Guzmán como un texto constitucional autoritario hecho para resguardar los privilegios —políticos y económicos— de los herederos de la dictadura incluyendo a sus criminales. Solo si revocáramos, por “ideológicamente falsa”, aquella Constitución de la República ideada por Jaime Guzmán, la memoria del pasado (de la dictadura y de la transición) estaría en condición de ubicarse a la altura del porvenir (204).

La ola neoconservadora que hoy se ha extendido por casi toda América del Sur no permite un exagerado optimismo en ese sentido, al menos en los próximos años. Pero el desafío está lanzado, y la lectura del libro de Richards, como ya se ha dicho, generará sin duda agudos interrogantes, también en quienes se acerquen a sus análisis desde nuestra realidad, que parece lejana, pero, si recordamos la historia, encontraremos más de una similitud con la de Chile.